


 IGNACIO  
CAMACHO

## ORTOGRAFÍA MORAL

Quizá Mintegi pueda, como mujer leída, mejorar la ruda ortografía política de los batasunos pero no su sintaxis moral

**T**ENEMOS chica nueva en el escenario. Se llama Laura Mintegi y va a ser la candidata batasuna –bajo la marca EH Bildu– a las elecciones vascas, en vista de que el Supremo no permite que los tardoetarras conviertan a Arnaldo Otegi en su particular Nelson Mandela. Le va a caer encima un carro de votos, probablemente tantos como si se presentase un primo de Pernando Barrena o la suegra de Rufi Etxebarria, porque el electorado *abertzale* guarda una absoluta fidelidad a sus marcas al margen de las personas que las lideren; los batasunos podrían inscribir un partido en el último minuto del tiempo reglamentario y recibir el mismo apoyo que si tuviese años de rodaje. Las consignas en ese mundo, o submundo, se transmiten con una precisa eficacia endogámica y tribal, como si alguien tocase la *txalaparta* en lo alto de un monte. A Mintegi, que es mujer leída y escrita, académica, historiadora y novelista, la han designado para que maquille con sonrisas doctorales el rostro hosco, desapacible e iletrado de la nomenclatura filoterorrística, poblada de tipos espesos, cetrinos y malencarados que dan la impresión de llevar en la oreja un pinganillo para recibir órdenes del lado oscuro. O para darlas, nunca se sabe.

Empero, la condición instruida de la candidata no le ha impedido cometer en su primera aparición las habituales faltas de ortografía moral. La academia batasuna no ha incluido todavía en su diccionario las definiciones de perdón, víctimas o condena de la violencia. El lenguaje de Mintegi tiene poca sofisticación literaria y obedece a la narrativa unilateral del llamado *conflicto vasco*, con alguna incrustación arrogante y faltona como la de motejar de «pseudodemocracia» al sistema español de libertades que le permite a ella presentarse a las elecciones sin tomarse la molestia de emitir una palabra de repudio sobre los asesinatos etarras. Es un tópico bienintencionado pero falso que la posesión de una cierta cultura implique un mayor refinamiento ético o un avanzado equilibrio de conciencia; Robespierre era un tipo bastante ilustrado, Mao escribía poemas –malos, eso sí– mientras exterminaba disidentes y es sabido que a algunos altos oficiales nazis les gustaba escuchar música sinfónica en los reservados de los campos de concentración. Para un espíritu honesto como el de Primo Levi era imposible hacer poesía después de Auschwitz pero está demostrado que sí se podía leer mientras funcionaban los hornos. Y sin remordimiento, además.

Con esta candidatura de apariencia intelectual respetable el batasunismo trata de trascender su elemental y hemipléjico discurso de *ikastola* para dotarse de una pátina universitaria con la que revocar su fachada siniestra de etarras reconvertidos en comisión de servicios. Mejorará su prosodia política pero es difícil que avance en la gramática moral. La sintaxis, escribió Valéry, es una cualidad del alma.